



Voz y generosidad del perfume de mujer

Nelly Villegas y Jacobo Alva Mendo

Esa mañana los noticieros informaron de asuntos triviales. Miré al sol. Débil y tímido se mostraba. Se inicia el otoño y seguramente será como siempre: el gris reinará hasta fin de año. Como una ráfaga pasó por mi mente. En particular, nada interesante presagiaba el día. Hasta que una voz en la otra línea del teléfono me invitaba a sumarme a una tarea antigua y añorada. No sólo el entusiasmo me ganó, también la nostalgia. El gris, de pronto, se tornó confuso en mi imaginario.

Convenimos encontramos en el cruce de Huaylas, en Chorrillos. La brisa marina del serpentín de la costanera soplaba con inusitada indiferencia y cuando llegué al destino, apenas lo percibí, fueron más las miradas de curiosos hasta que llegó. Luego de unas vueltas bordeando la cima de un extenso promontorio colmado de abigarradas viviendas coloridas de pujanza, llegamos a un parque y hacia la derecha una casa blanca fuertemente erguida se abrió. Allí estaba una mirada que escrutaba con curiosidad y desconcierto, que tuve la impresión se preguntaba: ¿cómo será esto de contar a un extraño?.

La sala de estar era perfecta para la conversa y ya estábamos frente a frente. Una ventana amplia dominaba aquel tercer piso. Ruth se despidió. Sonreímos y empecé a contar. Me interesaba que me conociera. Tenía muy presente su primera impresión del primer piso. No fue difícil, a los pocos minutos Nelly se había transformado en Constantina. Sólo días después decidió llamarse Corpusa.

Su sonrisa es envolvente, rápidamente transporta al cariño, el agrado y la inmensidad de la esperanza. No obstante el intermitente padecimiento ha sabido conservarla y es su mejor coraza, entendí luego. Por momentos un rictus de dolor se dibujaba. Cuando el relato rememoraba las peripecias y mala fortuna. Pasaron las horas y luego los días –no muchos–, y siempre la necesidad de contarlo todo con una fuerza impresionante. Le llevé unos apuntes y con notable decisión aceptaba o desechaba. La sentí firme, segura que re-escribía su historia. Era su historia indudablemente y mi presencia sólo el oído presto. La libreta de campo y las preguntas de una conversación intuitiva y solidaria, también me acompañaron en el rito de la escucha. Inclusive en la entrega del premio.

Porque una mañana la misma voz primigenia me dijo que acababan de anunciarle que el testimonio de Corpusa había ganado el primer premio en la edición nacional y había que esperar el mes siguiente para la versión internacional.¹ Hay varias maneras de calificar la decepción, cuando se comprueba que te anuncian una cosa y recibes otra. Le entregaron una mención honrosa. “Seguramente me he equivocado” recibió como respuesta.

Su historia cuenta de atropellos y levantarse con la frente erguida. Esa noche hizo lo propio. Con educación y decencia se erigió. Ya no le importaba el premio, había demostrado que podía contar y escribir su historia para el país, para las mujeres de su barrio, su organización. Para sus familiares y paisanos de su natal apu Sara Sara y alrededores. Cuando la despedí me sorprendió su vitalidad, sonriente y esperanzadora alzó la mano con un hasta pronto. Me fui pensando en la generosidad y ahora recuerdo, ni en un atisbo de desventura, sólo me pregunté: ¿qué hace a la mujer generosa?.

Los testimonios de mujeres de los años cincuenta al ochenta en el país han estado signados por el infortunio y el desgarró; la adaptación y la consigna de cambio. En algunos casos la acción política, pero la condición de mujer confinada al segundo plano todavía era una realidad que se prefería ocultar, cuando no, aceptar. Primero están los testimonios donde se consigna la voz de las mujeres y el encuentro con la urbe en *Las barriadas de Lima 1957*, de Matos Mar, publicado una década después.² En el decenio siguiente, 1977, se publica el testimonio de “Asunta” como contraparte a la autobiografía del esposo *Gregorio Condori Mamani*, escritos por Ricardo Valderrama y Carmen Escalante.³ Al poco tiempo se edita *Basta. Testimonios...*, publicado a inicios de los ochenta por el Centro Bartolomé de las Casas, del Cusco⁴, que es tal vez el mejor referente que da cuenta del infortunio, explotación y discriminación de las mujeres andinas. Pero también allí se presenta los ajetreos y las estrategias para revertir esa situación, confiando en el sindicato como referente de lucha.

¹ Se trata del III Concurso Latinoamericano Mujer: imágenes y testimonios. La versión nacional contó con un jurado que calificó los testimonios recibidos hasta el 15 de abril. El 11 de mayo entregó las certificaciones a las ganadoras en acto público en la Casona de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Puede consultarse en <http://www.mujierytestimonios.com.ec/>. Las bases del concurso señala que “Pueden participar con testimonios escrito y/o fotográfico: mujeres, hombres, jóvenes, adultas/os, adultas/os mayores, estudiantes, profesionales, amas de casa, trabajadoras/es nacionales y extranjeras/os, tanto de la ciudad como del campo, escribiendo o mostrando sobre la vida de las mujeres latinoamericanas”. Las modalidades de participación señalan: “Expresémonos, escribiendo el testimonio de una mujer o su propia historia...”. La premiación latinoamericana se realizó en Cuenca, Ecuador el mes de junio del 2005.

² Matos Mar, José. 1967. *Las barriadas de Lima. 1957*. Lima: IEP.

³ Valderrama Fernández, Ricardo y Carmen Escalante Gutiérrez. 1977. *Gregorio Condori Mamani. Autobiografía*. Cusco: Centro de Estudios Rurales Andinos. “Bartolomé de las Casas”.

⁴ *Basta. Testimonios sindicato de trabajadoras del hogar del Cusco*. Cusco: Centro de Estudios Rurales Andinos. “Bartolomé de las Casas”, 1982.

Los noventa y la presente década han dado luz a mujeres que han podido exhibir el triunfo, alcanzar el sueño. La organización y la pequeña empresa que daba cuenta de la capacidad y entrega, se reconocieron y pasaron a ubicarse en la orgullosa vitrina familiar y nacional, claro no exenta del sufrimiento y la lucha que hubo de librarse por conseguirlo. Poco antes de la entrega del Informe de la Comisión de la Verdad (2003), se publicó *Memoria del Horror. Testimonios de mujeres afectadas por la violencia*.⁵ Estas referencias son apenas un puñado entre las más significativas.⁶

Precisamente, *El perfume a margarita* se ubica en ese tránsito del largo camino recorrido por las mujeres que han luchado por alcanzar la ciudadanía y esbozar la esperanza en nuestro país. Su historia cuenta el devenir de las mujeres del ande que llegaron a Lima a mediados de la centuria pasada y con todas las dificultades que ha significado el cambio de vida y la nueva cultura a adaptarse, ha sabido, no obstante el fragor de los días, afirmarse y recuperar la condición de dignidad y coraje de la mujer.

Aquí se presenta sólo la primera parte del testimonio de Constantina, la evocación de la niñez, los maltratos, la confrontación de niña a mujer, hasta antes de bordear las dos primeras décadas de vida. **(Jacobo Alva Mendo).**

El perfume a margarita

Yo me llamo Constantina y quiero contar lo que he vivido. Es un sentimiento que me da un poco de miedo, pero también muchas ganas de decir lo que siento. He vivido con mucho sufrimiento. Viví alegrías y cosas muy tristes, pero así es la vida. Ahora me doy cuenta que he aprendido mucho de todo lo que he pasado. Quiero contarlos para que otras como yo no pasen los mismos sufrimientos. También para animarlas y decirles que sólo luchando se consigue vivir mejor y conseguir lo que uno quiere.

Nací en 1950, en el anexo de Pomacocha, que está en el distrito de Colta, provincia de Paucar del Sara Sara, en Ayacucho. Allá me he criado, en la casa de mi mamá, que era la mamá de mi papá. Allí vivíamos con mi tío a quien llamaba papá. Él tenía una tienda y recuerdo que me comía sus dulces. Yo era pastora y ayudaba con la Taklla con el arado. Allá todos hablábamos en quechua. Este es el recuerdo de mi tierra.

⁵ Publicado por APRODEH, Lima, setiembre de 2002. Los testimonios se centran en la violencia política de los años ochenta y noventa que afectó al país.

⁶ Es imposible hacer la referencia de los testimonios de mujeres en este espacio. Las que menciono son sin duda emblemáticas.

Recuerdo que en mi niñez he trabajado mucho y he sufrido. Me acuerdo que un día cuando ya vivía en Lima y tuve mi primer trabajo, me pegaban y no podía hacer nada, me sentía atrapada, sin poder salir de la casa y al mirar por la reja se veía un cerro, yo pensaba que a la vuelta de ese cerro estaba mi tierra. Eso es lo que yo creía y también lo que quería.

Eso fue cuando trabajaba en una casa en Chaclacayo y siempre era lo mismo. En todas esas casas que he trabajado me pegaban, me pateaban, me jalaban mis trenzas, me mandaban a lavar, a cocinar, a hacer la limpieza, a cuidar a los hijos de las señoras. No sé por qué, pero siempre me estaban pegando. Y hoy creo que me pegaban porque no hablaba bien castellano. A donde he ido, he recibido golpes y me he criado sin cariño. Nunca lo he sentido cuando era niña. Por eso me acuerdo cuando trabajaba en esa casa y no querían que salga, miraba por la reja y veía el cerro y me decía: por allí me fuera, seguro a la vuelta de ese cerro está mi tierra. Yo solo lloraba y pensaba en mi pueblo y en mi mamá Corpusa.

Porque yo he tenido una mamá que me ha criado y también otra mamá que me traído al mundo. Con mi mamá Corpusa me he criado. Un día cuando habré tenido unos siete u ocho años, mi tío se ha casado y su esposa no me quería, me botaba de su casa y me pegaba. Me decía ándate a tu casa, ésta ya no es tu casa. Entonces mi mamá Corpusa, que era una ancianita me ha dicho que mejor te vas a Lima donde tú mamá Eusebia. Mi prima me ha traído a Lima. Con ella hemos llegado y nos fuimos a Surquillo. Era un lugar grande y había como un corralón con sus callejoncitos, allí vivía mi papá. Pero más allá, unas veinte cuadras vivía mi mamá. No me llevaron a mi mamá porque decían que con la familia de mi papá me he criado. Pero yo quería vivir con mi mamá.

Mi papá tenía su esposa, ella tenía su hija y un hijo de mi papá. Me hacían limpiar, lavar y cuidar a su hijo. Me acuerdo que por cualquier cosa ella me pegaba y nunca me compraban ropa, sólo a su hijo y a la entenada de mi papá nomás le compraban, a mi nada. Ese año he caminado con la misma ropa y zapatos de jebe que he venido. Así con mis trenzas, mis polleras y zapatitos rotos he caminado.

Un día el niño se cayó y mi madrastra me pegó y agarró de mis trenzas. Tanto me maltrató que me defendí. Cuando vino mi papá me pegó fuerte, por todo mi cuerpo me dio patadas. Me escapé ensangrentada y una señora me vio y me llevó a la casa de mi mamá Eusebia. Ella y mi hermana me llevaron a la comisaría para denunciarlo a la policía. Ellos lo hicieron llamar para el comparendo. Él decía mentirosa y quería agarrarme, pero yo he gateado y me he ido a la mesa del comisario y allí me defendí. Cuando salimos me fui a vivir con mi mamá y hermanas. Pero no me acostumbraba, me sentía una persona extraña, porque nunca había vivido con ellas.

Así he crecido. Nada de cariño he tenido, no era como en mi tierra. Yo solita me buscaba mis trabajos. He tenido varios trabajos, todos en casa, habré trabajado meses en cada casa, pero a mi me parece un siglo. ¡Cuántas casas habrán sido!. En todas me pegaban por eso he crecido muy resentida y lloraba, quería irme a

mi pueblo donde mi mamá Corpusa. Salía de un trabajo porque me agarraban a patadas a pesar que yo dormía en periódicos y con una frazadita en un rincón pasaba la noche. Eso era todo lo que tenía.

Un día que he estado trabajando me vino la menstruación y yo no sabía nada. Nadie me había conversado y pensé que me iba a morir. Mucha sangre me vino y yo sólo lloraba. ¿A quién pues decirle? No tenía a quién. Así solita la pasé llorando nomás, pensando en la muerte que venía.

También he trabajado en una casa en San Bartolo, allí los señores querían adoptarme, ya estaban haciendo los trámites, pero después la cocinera de la misma casa me dijo que es un engaño, que me van a hacer trabajar y nunca me dejarían salir e ir a mi tierra a ver a mi mamá Corpusa., y entonces ya no quería que me adopten. Ellos insistían y yo los amenacé con denunciarlos. No me acuerdo bien como ha sido, pero no me adoptaron.

Después he vivido con mi hermana mayor en la campiña, en Chorrillos. Y mi cuñado le pegaba mucho a ella. Era borracho. Un día de tanto que también a mí me pegaba mi cuñado, lo denuncié en la comisaría. Entonces la policía lo encerró en la cárcel y vino mi otra hermana y dijo que me encierren a mí por mentirosa. Entonces el policía le dijo que se quede ella por mi cuñado, porque yo era menor y no me podía encerrar.

Eso habrá sido el año 64. Entonces mi hermana me ha llamado la atención, me ha gritado y pegado. Me dijo: ¿quién va a trabajar para dar de comer? Si se queda en la comisaría Jorge ¿qué comen los niños?. Si le pega es por algo, que no me meta. Y me dejó solita en la curva. Estaba todo silencio. Sería como la una de la mañana y me fui por la campiña, en esa época eran chacras nomás, no sabía si ir a la casa de mi hermana, o a qué lugar ir. Tenía miedo y caminaba, muy de noche era. Entonces han aparecido unos hombres y me han agarrado y violado. Varios han sido, me dejaron toda ensangrentada. Yo me he quedado llorando nomás. No sabía que hacer. Sólo lloraba y lloraba en la oscuridad.

Mi cuerpo fue cambiando y no sabía como iba a ser. No sabía nada. Trabajaba en una casa y la señora cuando se dio cuenta que mi barriga crecía me dijo que me vaya, que no alcanzaba la plata para mantener más personas. Así que antes de dar a luz, no sabía que hacer y llorando me fui una noche al malecón de Chorrillos y me quise suicidar. Lloraba y llamaba a mi mamá Corpusa, quería aventarme al mar. No sé cómo apareció una señora que me habló y llevó a su casa. Una casita chica nomás.

Esa señora vendía papa rellena y empecé a trabajar con ella. Una noche, cuando vinieron los dolores, me fui sola al hospital Santa Rosa en Pueblo Libre. Cuando nació no quería verlo. Entonces vino el doctor y me dijo: tienes que darle tu pecho, su leche. Las enfermeras me preguntaron si tenía ropa, sus pañales y yo no tenía nada. Entonces cortaron una sábana vieja y me dieron. Con un pedazo le pusieron de pañal y con el otro lo taparon. Como no tenía pasajes el doctor me dio cinco soles y me dijeron que me vaya. Iba solita caminando y nuevamente he querido suicidarme, aventarme. Yo sólo lloraba y pensaba en el suicidio.

Eso ha sido cuando he tenido 14 años, porque recién a los pocos días iba a cumplir 15 años. ¿A dónde me iba a ir? He regresado a la casa de la señora que vendía papa rellena. Cuando llegue me dijo: anda a dormir afuerita porque mis hijos han dicho que el niño va a llorar y fastidia. Entonces me señaló un rincón afuerita de la casa y he hecho una chocita de trapos y periódicos, así como los indios viven en chocita. Allí dormía con mi hijo, entonces el frío de la noche, la neblina, la humedad, qué sería que se ha enfermado y le dio neumonía. Lo llevé al hospital y le dieron unos remedios, pero a los pocos días de tener un mes, se murió.

Antes de que muera, un zambo viudo, ya mayor, me quiso llevar. Me había visto con mi hijo y me hacía conversación. Un día vinieron dos señoras y me dijeron: tienes que ir a vivir con mi hermano. Él te está dando plata para el niño y no quieres ir. Eres viva, eres sabida me dijeron. Yo no sabía nada de eso. Dijeron que daban plata a la señora. Yo no sabía. Y no quería irme con ese zambo.

Esos días vendía papas rellenas en la playa "Agua Dulce", para ayudarme, pero un día que estaba en la posta médica y lloraba porque mi hijo estaba enfermo y no tenía plata para la medicina, dos hermanas me hablaron y dijeron: no seas tonta, te están vendiendo. Te vamos a ayudar y compraron las medicinas. La mayor con su novio, que eran buenos, me dijeron que querían bautizar al bebé. Y fuimos a la iglesia y le dieron agua bendita. Como digo eran buenos. Ojalá otros devuelvan, porque a veces uno mismo no devuelve, si no, otro.

Me acuerdo que cuando murió le pusieron una coronita de margaritas. Así con su batita de angelito lo hemos enterrado. Por eso es que el perfume de margarita me gusta mucho y cuando lo huelo me acuerdo de ese angelito.

Una vez estaba con mi hijo en el mercado y me encontré con Edmundo, un paisano. No quise pedirle favor. Así nomás he estado con mi hijo ayudando a la señora en la venta, cocinando las papas rellenas. También un día me encontré con mi hermano Gerónimo en el tranvía, porque en esa época todavía había tranvía en Chorrillos. Yo que subía y él que bajaba. Lo he visto por la luna cuanco estaba sentada y le levante la mano y el tranvía partió.

Ese paisano cuando regresó a mi tierra avisó a mi mamá Corpusa y le dijo: tu hija tiene un hijo y está llorando. Entonces mandó a mi mamá Eusebia para que me lleve, y yo por una corazonada fui a la casa de mi hermana, después de todo lo sucedido no había regresado por no deberles nada y cuando fui encontré a mi mamá Eusebia y me preguntó: ¿dónde está tu hijo? Yo le respondí: ¿cuál hijo? Yo ya no tenía hijo, había muerto. Todo lo he negado. Seguramente se ha equivocado, he estado cargando hijo ajeno, le dije. Me habló que mi mamá Corpusa había soñado que yo sufría, que estaba en peligro, que algo me pasaba y que quería verme, que me vaya con mi hijo.

Por esos días me regresé a mi tierra y mi mamá Corpusa al verme dijo: ¡Dios, he rogado a San Antonio y te ha traído! Me preguntó: ¿dónde está tu hijo? Yo he negado tener hijo. Nada quería recordar. Todo negaba. **(Nelly Villegas).**